

Unidad política y unidad militar de Europa

(COMENTARIOS A UN COMENTARIO)

Un periodista español muy calificado, Salvador López de la Torre, nos ofreció en la televisión, hace pocos días, unas reflexiones, sobremedera interesantes, acerca de las perspectivas que en estos momentos se le abren a la política internacional. Me felicité mucho de escucharle. Apoyó su análisis en una información muy segura, y lo expuso mediante un razonamiento impecable. Son, esos, dos de los dones principales de su pluma; la noticia cierta, seriamente comprobada, y el rigor dialéctico.

"Este año 1973 —ha declarado el ilustre y pululante señor Kissinger— será el año de Europa." López de la Torre acepta y hace suyo el pronóstico. Cree, sin vacilación, que a lo largo de 1973 van a jugarse bazas decisivas para el futuro europeo —lo cual parece innegable— y que, por consiguiente, las naciones oficialmente directoras del destino de Europa habrán de tomar sobre sí responsabilidades terminantes y adoptar decisiones de rango histórico. Por mi parte, no me siento inclinado a dramatizar sobre este punto; porque teniendo como perfectamente seguro el carácter apremiante de la situación en lo que toca a los intereses de nuestro viejo continente, no creo que el año en curso sea más exigente para los europeo-occidentales que para los rusos; ni más que para los norteamericanos.

A Europa le llega, sin duda, una hora inaplazable. Ha consumido demasiado tiempo en pura pérdida política, porque vive desde 1945 entregada a todo menos a rescatar su autoridad perdida y a reordenar su capacidad de decisión, tristemente venida a menos. Pero, por otros motivos, también a los Estados Unidos y a la Unión Soviética les urge dar con las soluciones adecuadas para sus inmensas preocupaciones, y para salir de los diferentes atolladeros y laberintos en que se vienen debatiendo desde los tiempos difíciles de la guerra fría. No es lógico, ni deseable, que nosotros, europeos, continuemos marchando por caminos tan azarosos como los ya conocidos; pero tampoco es admisible que los rusos y americanos sigan ateniéndose al equilibrio del recíproco terror.

De cuanto explicó López de la Torre me importa recoger y subrayar la parte más significativa; la dedicada a comentar el problema de la defensa continental, que muchos olvidan, o acaso rehúyen, porque es puro fuego, y quema.

Mis lectores saben que en tres o cuatro de estas notas dominicales me he referido al tema de la defensa militar de Europa. Mientras no se sepa cuáles son las garantías de seguridad o inviolabilidad del Centro, del Oeste, del Norte o del Sur del continente, será extremadamente difícil tomar en serio los proyectos de unidad política que con tan halagüeñas y musicales retóricas pasan y repasan sobre las páginas de los periódicos. Según lo que hasta ahora hemos ido viendo, los países del Mercado Común no muestran el menor entusiasmo hacia una política de salvaguardia bélica que, dicho sin rodeos, exigiría una clara disposición al sacrificio. Se diría que la vieja Europa no quiere batirse por su propia supervivencia. Esa misión queda reservada a los Estados Unidos. La presencia americana en los campamentos de Alemania es la clave de un arco que, si no contara con esa piedra, se desplomaría en un imponente fracaso. Una simple insinuación de reti-

rada de las Fuerzas Armadas norteamericanas produce estremecimientos. La petulancia de no pocos caballeros europeizantes se viene entonces abajo, y los galleos se convierten en pio-pios.

Desde 1945 hasta ahora ha sido un gozo endosar al Pentágono de Washington las obligaciones de la defensa militar de los llamados "pueblos libres". Nadie quería afrontar el enorme esfuerzo de una política militar propia, suficientemente desarrollada y bien servida, frente a las posibles amenazas de invasión. "Que se estuercen ellos", decían en los cenáculos de Bruselas o de Estrasburgo. "Ellos" eran, y siguen siendo, los regimientos americanos, la VI Flota, las demás flotas posibles, la aviación de los "B-52", los "Phantom" ultrasónicos, los arsenales nucleares bien guardados y bien nutridos entre Nueva York y San Francisco o entre Detroit y Nueva Orleans.

Es verdad que De Gaulle se apartó de los planes de la N.A.T.O. y proclamó la necesidad de una "fuerza francesa" autónoma, con sus proyectiles atómicos, sus mandos independientes y su libertad de decisión; pero todo ello quedaba subordinado a la existencia de un gigantesco plan en el que el poderío norteamericano sería lo principalísimo, y todo lo demás tendría carácter accesorio o complementario; porque reducida a sí misma la famosa "force de frappe" de Francia, sin el apoyo de Washington, ¿qué representaría frente al poderío nuclear de Moscú?

Hace unos años sostenían los tecnócratas de rango secundario —porque los de más tuste sabían muy bien a qué atenerse— que el camino de los acuerdos comerciales era el más seguro para llegar a la gran meta de las relaciones políticas. La experiencia muestra a las claras que no hay tal cosa.

Véase, por ejemplo, el caso de Méjico respecto de España. Si Franco viviera treinta años más, los jerarcas del P.R.I. (Partido Revolucionario Institucional), dueños allí del poder político, seguirían bloqueando y negando el reconocimiento diplomático pleno de nuestro Régimen, lo mismo que vienen haciéndolo desde 1945 con evidente agravio de la justicia, y pese a la actitud del pueblo mejicano que, digase lo que se diga, acogería con satisfacción el restablecimiento, sin reservas, de la fraternidad entre el palacio de El Pardo y el de Chapultepec. Arreglos comerciales, convenios turísticos, intercambio de mercaderías, ir y venir de actores, actrices y toreros, acuerdos entre su compañía aérea más importante y nuestra "Iberia", mutuos halagos literarios y poéticos, todo, en fin, lo que une a dos países se desarrolla y trabaja excelentemente entre Ciudad de Méjico y Madrid; todo, menos la política, que permanece inmovilizada, congelada, como si aún viviéramos en 1945 o 1946.

Las relaciones políticas se rigen por sus propias leyes íntimas, y no ceden a ninguna otra actividad una sola parcela de su jurisdicción. ¿Cómo se explicaría, si no fueran así las cosas, la realidad de nuestro comercio exterior, cada día más enérgico, pese a la cerrada política con que nos distinguen los países del Mercado Común y de la N.A.T.O.?

Para anunciar el próximo intercambio de embajadores con la República Democrática Alemana, es decir, con la Alemania comunista, no han sido nece-

sarios prólogos mercantiles de ninguna especie. La decisión del Gobierno español ha obedecido esencialmente a consideraciones relacionadas con la política, y en nombre de la política ha adoptado Madrid su actitud; yo creo que con soberano acuerdo, desde el punto de vista del interés nacional.

Los directores máximos de la evolución de Europa hacia la unidad política han caído en espejismos parecidos a los que nuestros tecnócratas tomaron por oasis venturosos. Primero —dijeron—, el comercio; la política vendrá después. Debieran haber meditado un poco sobre el alcance de aquella respuesta que dio el general De Gaulle a unos compatriotas suyos que querían saber con qué recursos económicos contaba para llevar adelante determinados planes: "L'Intendence suivra", respondió; dando a entender que el comercio y las finanzas suelen desarrollarse al amparo de la política o de las armas, pero que nunca acontece al revés, puesto que sobre la estela de los mercaderes no se abre necesariamente un horizonte propicio al despliegue de las armas o de la política. "Dadme una buena política y os daré una buena Administración", se ha dicho en frase ya clásica. Jamás he leído en ningún texto que "si me dais una buena Administración os daré una buena política". Por donde quiero llegar a la conclusión de que la unidad política de Europa no depende, en modo alguno, de que el Mercado Común tenga un porvenir más o menos feliz, sino de muchos otros factores ajenos al movimiento de las mercaderías y al comportamiento de las aduanas fronterizas.

Pero, sobre todo, es inconcebible cualquier unidad política superior y supranacional si previamente no se ha decidido y ordenado su defensa. Entiéndase bien que se trata de la defensa militar, de la defensa armada, de la existencia de un ejército continental que en la tierra, en el aire y en el mar, sea capaz de oponerse a todas las invasiones posibles, erguirse frente a todas las amenazas, y reaccionar contra el peligro con ánimo de lucha y de sacrificio, hasta donde sea necesario. Una vez que este problema, siempre conturbador, quede acordado, se podrá pensar en unir a los viejos, aunque siempre nuevos pueblos europeos, en un haz bien apretado, contra el que no valdrán hoces segadoras, ni lluvias ardientes precipitadas desde lo alto. Esto es, precisamente, lo que los consejos de ministros y las asambleas no quieren discutir, resolver ni organizar. Suponer que Europa va a constituirse como tercer bloque, más importante que los dos ya existentes, evitar así la dependencia de los norteamericanos, y contar con que los soldados de los Estados Unidos se avendrán a ser nuestra coraza y nuestra lanza por los siglos de los siglos, es mucho peor que soñar despiertos; es engañarnos maliciosamente a nosotros mismos y corrompernos en nuestras propias hipocresías.

Me felicito de que una pluma como la de López de la Torre salga a difundir unas cuantas ideas muy sencillas y muy claras; y de que la tesis de la imposibilidad de una Europa políticamente unida, si no ha afrontado los supuestos militares de su defensa, encuentre en nuestro ilustre compañero un intérprete tan lúcido y tan vivaz.

Manuel AZNAR